

Hable ahora un juarista fanático : « Por la educación de los indios, hablando en verdad, casi nada se ha hecho en la República... No se diga que el Gobierno fija ya su atención en la difusión de la enseñanza, no sólo entre los indios, sino entre todas las clases sociales. Éso será cierto tratándose del Distrito Federal y de los territorios sujetos á la influencia directa del Gobierno Central, pero no lo es, tratándose de la gran mayoría de la nación. En muchos Estados abundan los maestros retribuidos con \$ 5 mensuales, y hay escuelas donde los alumnos se sientan en grandes piedras y escriben sobre tablas soportadas también por piedras. Además, los Estados en su mayoría absorben los ingresos de los pueblos para sostenimiento del Gobierno local con su cohorte numerosa de empleados, su indispensable Instituto de instrucción profesional, su inútil Cámara legislativa, y en algunos hasta su teatro. Y si la erogación de esos gastos no deja ni lo indispensable para conservar y mejorar los intransitables caminos, ¿cómo bastarán para fomentar la instrucción pública, ó impartirla entre los millones de analfabetas que existen de México? » (Juan Sánchez. *Honor á Juárez*).

« México, penoso es decirlo, leemos en una iniciativa del Ejecutivo de Chiapas, no toma el mismo interés por la civilización de los indígenas; y si ha creado escuelas para ellos, éstas, por las condiciones que guardan, y por la impericia ó carácter impropio de sus directores, lejos de favorecerlos, los perjudican generalmente, perjudicando á la sociedad; porque la educación é instrucción defectuosa de los educandos los hacen antagonistas de la descendencia española y de otras nacionalidades. Resultado de esta conducta ha sido la guerra de razas en este Estado, lo es en Yucatán y en los Estados fronterizos del norte, y lo será en las demás partes de la República, si el poder administrativo no toma el más afanoso empeño en libertar al indio de su forzada abyección. » (*El Lib. y Acept. Masón*. n. 17. año de 1887).

Tan lejos está el poder administrativo de querer libertar al indio de su forzada abyección, que se empeña más bien en aumentarla; y, si fuera posible, de muy buena gana haría desaparecer la raza indígena. « Nosotros, decía la referida iniciativa, somos para los indígenas peores que los conquistadores. Al presente, la raza indígena no es capaz de apreciar las excelencias de la libertad, porque está oprimida, » y oprimida por aquéllos mismos que para explotarla se han proclamado sus libertadores.

En tiempo de Juárez, esos partidarios ardientes de la libertad y campeones de los derechos del hombre, no se avergonzaron de traficar con la carne humana entregándose á la venta de indios. (*Av.* 23 ag. 1859. *Picayune*. 4 nov. 1860). El 13 de mayo de 1860, varios disputados liberales presentaron al Congreso una exposición en la que decían : « No es una bandera política, ni la expresión de vanos intereses lo que nos obliga á levantar nuestra voz en el seno del Congreso nacional, para denunciarle el más horrible abuso que hasta ahora se ha cometido en la república : es la causa de la humanidad, y el honor de México villanamente ultrajado por una serie de malhechores que tomando el nombre de constitucionalistas en Yucatán, se han atrevido á atropellar los fueros de la justicia y de la humanidad, cometiendo todo género de atentados, hasta el extremo de vender á sus ciudadanos á quienes entregan

maniatados, en poder de especuladores españoles que los llevan á Cuba, como contratados para servir cierto número de años en el campo ó donde mejor emplearlos, á sus señoríos. No es nuevo este crimen. Desde la administración de D. Manuel Barbachano, se está cometiendo; y con excepción de dos ó tres personas, cuantas han ejercido el mando en la península, lo han cometido con más ó menos descaro, según la mayor ó menor perversidad y avaricia de los diversos gobernantes que allí se han sucedido en el mando desde 1848 hasta nuestros días. Sin embargo, nunca el escándalo ha sido mayor, ni tan ruinoso aquel tráfico inicuo, como después del triunfo de la revolución de Ayutla. Los que en Yucatán se llaman liberales, están como dominados por el funesto frenesí de vender hombres. Nada contiene á esos liberales : las escenas desgarradoras de la esclavitud son insuficientes para conmover sus corazones endurecidos por la avaricia. El temor de la justicia y de la deshonra son completamente nulos en hombres acostumbrados á disfrutar de la más completa impunidad, é imbuídos en la idea de que las riquezas suplen con mucha ventaja la falta de buena reputación. » (*La Independencia*. 28 mayo 1860).

Aun en 1900, otro liberal, D. 'Angel Pola, reconocía que « para mengua de las leyes liberales de la república, subsiste todavía esa triste y vergonzosa situación de la servidumbre en Chiapas, Tabasco, Yucatán y otros Estados. Hace años, *El Socialista* abrió una campaña contra esa especie de esclavitud; mas fué tan abrumadora la oposición que encontró en su fin de redención, que nada pudo conseguir, á pesar de las revelaciones espeluznantes que hizo sobre la vida de los sirvientes en aquellos lugares. » (*Oc. t. 1. p. 13*).

No sólo en Yucatán y Chiapas, sino también en la Capital tiene la esclavitud sus defensores. En 1896 el periódico *El partido Liberal* abogaba por que se estableciera la esclavitud no obstante la Constitución que la prohíbe, y se alegraba de que la raza indígena estuviese destinada á desaparecer dentro de un tiempo no muy lejano. (*Ti.* 11 y 13 ag. 1896). En el mismo sentido se expresó el señor Gamboa en un discurso pronunciado en 1898 en una fiesta de la Escuela Preparatoria de México (*Voz.* 11 oct. 1898).

Entretanto, esa raza indígena cogida de leva, esclavizada, vejada de mil maneras y tratada por los liberales de « manadas de indios » (XXX. *Porfirio Díaz*. p. 352), se manifiesta, como es natural, « refractaria á la Reforma y al progreso, según reza la ya citada iniciativa, se convierte fácilmente en dócil instrumento de banderías reaccionarias, tiende la vista hacia otros y se inclina al antiguo régimen, porque el actual no mejora su situación. »

De todos los gobiernos liberales ninguno fué más indiferente á la suerte de los indios como el de Juárez, indiferencia que provocó « en 1869 una insurrección de la raza indígena tal que no se había presentado desde hacía más de dos siglos en el territorio de México... El gobierno, dice Cosmes, preocupado por cuestiones políticas, poco ó ningún caso hacía de la sublevación de los indios que no podían poner en peligro inmediato su existencia. Pero siempre será ante la Historia objeto de merecidas censuras el egoísmo de una administración que atendía únicamente á su conservación propia, sin ver que las cuestiones en que se versa la causa de la civilización deben ser vistas con preferencia á cualesquiera otras... Probablemente la actitud de

indiferencia absoluta manifestada por Juárez respecto á los hombres de su misma sangre, pudo determinar hasta cierto punto las sublevaciones parciales de los indios en distintos puntos del territorio mexicano. En efecto, debía esperarse de un indio de raza pura que una vez que hubo llegado al poder supremo, hiciese algo en favor de sus hermanos, mejorase por medio de leyes hábiles la triste condición social que guardaban éstos, y se propusiese resolver esa cuestión agraria que, todavía hoy, está preñada de amenazas para los mexicanos blancos y mestizos. ¿Acaso tal indiferencia de Juárez no pudo producir cierto despecho en los indios y la determinación de apelar á la fuerza, en virtud de un impulso inconsciente, para alcanzar lo que el gobierno de su propia sangre no quería concederles? » (t. 21. p. 61. t. 20. p. 787, 790).

APÉNDICE AL CAPÍTULO XVII.

Muy equivocado andaría quien creyera que los indígenas se hallan convertidos en su totalidad á la religión cristiana. Admite el Concilio V Mexicano (art. 57) que hay todavía gentes bárbaras en la República; afirma el de Antequera (p. 46) que algunos indios son paganos, y que, en la misma provincia eclesiástica de Oaxaca se sacrifican víctimas á los ídolos y se encuentran prácticas supersticiosas y vestigios de la antigua idolatría. (p. 55) En un documento emanado del arzobispo de México y publicado en 28 de marzo de 1896 por la S. C. del Concilio, se dice que « los indígenas de la arquidiócesis están siempre inclinados y expuestos á recaer en la idolatría, tienen una fe débil y fácilmente pueden hacerse protestantes como en ciertos lugares ha sucedido. » El 12 de dic., de 1899, predicando en San Cristobal Las Casas el Prebendado D. Manuel C. Zetino, afirmó que ni siquiera eran bautizados los Indios Lacandones, y que vivían en la ignorancia de la Religión Católica. (Ti. 3 enero 1900) En la Huasteca Potosina hay una cueva perfectamente decorada, que sirve de templo á un ídolo enorme que es objeto de culto por parte de los indígenas. (Pa. 11 marzo 1900) En el Estado de Campeche las tribus de Santa Cruz han caído en la idolatría. (Ti. 23 enero 1901) « En las serranías de Jalisco y Guerrero encuéntrase tribus salvajes, sin más traje que el maxtli de los aztecas, armadas con flechas, con vocabularios de 200 palabras á lo sumo, é ignorantes del castellano. El estado de barbarie se encuentra aun en las rancherías lacustres y selváticas del Usumacinta que confinan con Guatemala: y en vastas regiones de Chiapas y Guerrero el viajero suele encontrar familias trogloditas y restos de quichés con cultos fálicos secretos y simbolismos geroglíficos que ya no entienden. » (J. Guerrero. op. cit. p. 75) « Nada, absolutamente nada hemos hecho nosotros por los Indios, dijo el Lic., D. José de Jesús Cuevas; pues, como están los recibimos en el año de 1821; con un jornal de doce granos y doce horas de trabajo; desnudos y alimentados con dos puñados de maíz; semibárbaros y casi ídólatras. En el orden providencial el

abandono del indio fué la causa probable de la pérdida de los dominios españoles en América. Dios, que no tiene en la tierra otro tesoro como el de las almas, que por una sola de ellas daría muchos astros de su firmamento, concedió á España tres siglos de plazo para civilizar al indio, y vencido el plazo sin que la tarea se terminara, despidió al obrero perezoso. Tan severa y provechosa lección debería estar siempre resonando en nuestros oídos. » En un sermón predicado en diciembre de 1895, y que reprodujo *El Tiempo*, se lee estotra confesión no menos dolorosa que las anteriores: « Por lo que se hace á la raza indígena, ¿ qué hemos hecho nosotros en nuestra calidad de nación independiente, para cooperar á la realización de los designios de María con relación á esa raza predilecta suya? ¿ En dónde están las misiones fundadas por nosotros, no digo ya para continuar, para conservar siquiera las conquistas civilizadoras de España? Cuando vemos pasar delante de nosotros esos grupos de hombres, mujeres y niños de la raza indígena que caminan en silencio, ostentando en el desaliño de sus personas, en la desnudez de su cuerpo, en su andar vacilante y en la vaguedad de sus miradas sin inteligencia y sin vida, la doble y profundísima miseria de que adolecen en el alma y en el cuerpo: cuando tales espectáculos se contemplan, no digo ya entre nuestras más apartadas serranías, en el centro mismo de las más populosas y adelantadas ciudades, la respuesta no debe ser dudosa, ni menos mortificante para nosotros. Nada, absolutamente nada hemos hecho como nación independiente en favor de esa raza predilecta de María. » Desde que el liberalismo se ha filtrado en los católicos mexicanos, éstos han adoptado, respecto á los indígenas, los sentimientos de desprecio y deseos de exterminio que les profesa la grey liberal. Duele leer los siguientes conceptos injustos que en su número del 1º de dic., 1893 (!) estampó la católica *Voz de México*: « El núcleo de la población europea ó descendiente de europea, para evitar la opresión que so capa de democracia sufrimos, debió adoptar un sistema que le permitiera favorecer su desarrollo con la inmigración para lograr reducir poco á poco la mayoría indígena, hasta que quedase en la clase de ínfima minoría... Tal fué el sistema del plan de Iguala que no era sino la continuación del sistema virreinal, quitándole lo que tenía de odioso. Fracasó este plan; mas no por ésto dejará de suceder que las inmigraciones futuras produzcan, con el tiempo el mismo efecto que hemos anunciado: reducir á minoría la mayoría indígena. Todo lo que no tienda á este resultado, ha de contribuir á mantener las malas condiciones de homogeneidad en que vivimos. » En el mismo sentido escribía el 7 de mayo de 1891: « La nación se compone en realidad de los descendientes de europeos, españoles ó no españoles. La ciudadanía de la clase indígena es meramente hipotética; es una ficción inadmisibile en la práctica. Los indios son un apéndice que, por numeroso que sea, nada significa ó muy poco en nuestras cuestiones políticas, porque se les ha hecho á un lado. »

Quando las fiestas de la coronación de la Virgen de Guadalupe, se dió un principio de ejecución á este plan salvador consistente en reducir á minoría la mayoría indígena; y ésto fué denunciado con bastante acritud por la prensa liberal, la que, para sus adentros, debe haberse regocijado de ver á

los católicos tirar sobre sus más leales tropas en cuyo exterminio trabajan los liberales, únicamente por ser los indígenas refractarios á las leyes de Reforma. « Eran los pobres indios, dijo *El Partido Liberal* (oct. 1895), dueños absolutos de la aparecida imagen; Juan Diego salió de las masas populares y trajo la libertad á una raza oprimida. Se presenta á un arzobispo con el ayate lleno de rosas, y las flores se convierten en pintura. Después, pasan los días; viene la explotación, y la raza indígena se quedo á las puertas de la Colegiata. Entran el frac y la mantilla negra. El ayate es demasiado tosco para rozarse con la seda. El amo afuera, y el usurpador en el recinto. » « Para el natural se apareció la Virgen en el Tepeyac, y para que no hubiera duda, se reveló á un indio, y se presentó á él como redentora de la raza, como patrona generosa de sus trabajos, y como refugio en sus angustias. Y éste, el preferido de la advocación de Guadalupe, fué el único que no pudo tributarle homenaje en su coronación; éste que hizo sacrificios para contribuir al esplendor de las fiestas y á la erección del templo, tuvo que permanecer en la plaza, embriagándose con los repiques, con los aromas y con la vista del recinto que guarda su predilecta imagen. » (*El Globo*. oct. 1895)

Las mismas quejas hizo oír en la Colegiata el M. R. P. Fray Ambrosio Malabear. En una deprecación que dirigió á la Virgen de Guadalupe (nov., 1895), le dijo, presentándole al Círculo de Artesanos: « Si sólo hasta hoy vienen á rendirte sus homenajes, no es por su culpa; pues, por razones que ignoro y no alcanzo á comprender, al Círculo de Artesanos se le excluyó de las fiestas guadalupanas del mes pasado; y por ésto, hasta hoy viene á postrarse á tus pies. » ¿No obedecería esta exclusión á que, según dijo *La Voz de México*, « el pésimo traje popular, y aun el mismo de algunas clases pobres deslucen toda ceremonia? » (15 dic., 1889) Hacemos esta pregunta porque cuando el señor Labastida celebró sus bodas de oro, y el señor Alarcón regresó de Roma, se previno que para ser admitido en la función celebrada en catedral, los señores vistiesen de etiqueta, sin duda porque « el pésimo traje popular deslucen toda ceremonia. » El señor Zumárraga y el Cardenal Lorenzana, que no pertenecían á la raza indígena como ciertos obispos de México y redactores de *La Voz*, profesaban á los indios un amor y un respeto cuya ingenua expresión nos encanta, y nos explica por qué antiguamente era tanto el afecto de los indígenas para con el clero. « Como el señor Zumárraga, dice su biógrafo, andaba entre los indios, dijéronle unos caballeros que no frecuentase tanto esa gente, que por desarrapada y sucia daba tan mal olor que podría dañarle en su salud; á lo cual contestó que aquella pobreza de los indios le enseñaba la aspereza de vida que le convenía usar para salvarse, y que no le molestaba ese mal olor, sino el que despedían los que pasaban la vida en ocio y regalo, más cuidadosos del aliño del cuerpo que de la limpieza del alma. » « Ame mucho á los indios el párroco, decía el Cardenal Lorenzana, y tolere con paciencia sus impertinencias, considerando que su tilma nos cubre, su sudor nos mantiene, con su trabajo nos edifican iglesias y casas en que vivir, que son propiamente naturales del país, nuestros benjamines amados; y que para la propagación de la fe, é instruirlos en ella, estamos nombrados ministros de la Iglesia, y no para comodidades temporales, que no nos faltarán, si

les sembrásemos bien la semilla espiritual. » « El indio es un diamante ignorado: el día que labremos sus facetas, nosotros mismos quedaremos deslumbrados. » (*Cue*)

CAPÍTULO XVIII.

Instintos sanguinarios de Juárez. — Matanzas en Sinaloa. — La ley fuga. — Asesinato de Patoni. — Matanzas en Mérida, Atexcatl y en la Ciudadela.

EL rey de la impiedad, Voltaire, decía: « ¡Dios me libre de vivir bajo un déspota que no tuviera religión! Nada le impediría pulverizarme en un almirez; » porque « cuando los impíos toman las riendas del gobierno, el pueblo tiene que sufrir. » (*Prov.* XXIX, 2) Habiendo sido Juárez un apóstata de la religión católica y un dócil instrumento de la masonería, de ahí vino que mató primero á su conciencia para poder matar sin ningún remordimiento, á cuantos se empeñasen en arrojarle del puesto en que se había intrusado. « Cada una de sus reelecciones costaba al país una guerra civil, un sacudimiento doloroso, un huracán lúgubre que rasgaba todas las cicatrices. Cada reelección significaba el espectáculo de hecatombes terribles, la revelación salvaje de los más soeces furores de la tiranía, el trote bestial de iniquidades enormes. » (*Ver.* p. 861)

Esto que dice Bulnes, lo confirma en estas líneas un juarista fanático: « Por espacio de cuatro años, el gobierno de Juárez recorrió la sangrienta senda de ejecuciones capitales valiéndose al ministro de la Guerra (Ignacio Mejía) la triste reputación de un moderno duque de Alba. Durante esos cuatro años hasta la muerte de Juárez, á cada acto de severidad excesiva por parte del gobierno sucedía un nuevo levantamiento; y la fama de crueldad que la administración adquirió fué causa, y no pequeña, de la impopularidad que sobre esa administración cayó, y de que la opinión pública concediese á los enemigos de ella la palma del martirio. » (*Cos.* t. 20. p. 379)

El periódico oficial de Oaxaca (citado por *El Ferrocarril*, 22 Nov. 1871) lanzó á Juárez la horrible acusación de haber querido envenenar al General Félix Díaz, é intentado asesinar al hermano de éste, D. Porfirio. « Siempre habíamos esperado, decía el periódico, que la política reeleccionista en su impotencia para luchar con los hombres esclarecidos que están al frente de la opinión pública, no se detuviera en los medios por inmorales que fueran, para atacarlos; pero nunca pensamos que se convirtieran en miserables envenenadores y asesinos para quitarlos de en frente. Por desgracia, nos hemos desengañado, y denunciarnos á la nación el envenenamiento preparado en la persona del gobernador del Estado, y la premeditación de asesinato en la persona de su hermano el señor General D. Porfirio Díaz... Cuando hemos visto